

"BORREMOS LOS NOMBRES PARTIDISTAS Y LLAMÉMONOS CRISTIANOS".

Un encuentro con Martín Lutero en perspectiva ecuménica

La frase que encabeza esta aportación es una frase de Martín Lutero y quiere dar el tono tanto de la presentación del mismo Lutero como de los impulsos al ecumenismo que promueven los gestos del Papa Francisco en estos últimos años. La celebración del quinto centenario de la Reforma es una buena ocasión para revisar los muchos mitos, clichés y prejuicios en la valoración de Lutero y de su aportación. Tanto desde el punto de vista protestante como católico. La ocasión es además importante por los muchos actos y encuentros que han precedido a esta celebración y que la hacen especialmente apta para revisar viejos malentendidos y percepciones erróneas. El artículo es una versión ampliada de una conferencia que el autor tuvo en "La civiltà cattolica", en Roma, con motivo de la celebración de los 500 años de la Reforma (23 de Enero de 2016) y mantiene todavía algunas características de una comunicación oral. Resulta ilustrativa la primera parte que describe en cinco trazos la personalidad de Martín Lutero, sobre todo como promotor de una reforma de la Iglesia en clave ecuménica avant la lettre. También es interesante la valoración positiva que hace el autor (luterano), en la segunda parte del artículo, de los muchos puntos de encuentro que las iniciativas ecuménicas del Papa Francisco han ofrecido en los últimos años a las iglesias luteranas, pero también católicas. El artículo es una aportación sin pretensiones pero con un talante notablemente positivo de un tema que se hace realmente actual en 2017.

"Lasst uns tilgen die parteiischen Namen und uns Christen heissen", Stimmen der Zeit 234 (2016) 291-305.

CINCO ASPECTOS DE LA SIGNIFICACION DE MARTIN LUTERO

Lutero como "maestro en la fe"

La lectura de las obras de Lutero nos pone en contacto con un

cristiano profundamente piadoso. Como monje agustino, como profesor universitario y también como predicador, buscó siempre, a través de la interpretación de la

Sagrada escritura, respuestas a las cuestiones fundamentales de la fe. No lo hizo desde un punto de vista de la especulación intelectual, ni en busca del lucimiento personal. Su investigación de la verdad bíblica, una penetración intensa, auténtica y marcada por una característica fuerza intelectual, tenía un único objetivo: confortar conciencias inquietadas y cerciorarlas sobre su salvación. Esta orientación existencial, espiritual y pastoral de la teología es un primer impulso que podemos aprender de Lutero.

La cuestión decisiva que movió a Lutero en su vida la describe así acertadamente el Papa Benedicto XVI en su alocución en el monasterio agustino de Erfurth: “la pregunta por Dios, que fue la profunda pasión y el estímulo de su vida y de su camino. ‘Cómo alcanzo a un Dios misericordioso’: esta pregunta le llegó al corazón y estuvo en la base de todas sus investigaciones y esfuerzos teológicos. La teología no fue para Lutero una cuestión académica sino la lucha sobre sí mismo y esta lucha fue también una lucha por Dios y con Dios”. Dios, tal como se manifestó en Cristo y en el testimonio de la Sagrada Escritura sobre Cristo, y el hombre que está ante Dios como pecador y como acogido y justificado al mismo tiempo, estos dos polos son los que caracterizan el pensamiento y la vida de Lutero.

La forma cómo sus puntos de vista teológicos marcaron su exis-

tencia como cristiano puede clarificarse de forma ejemplar en una pequeña nota que Lutero escribió dos días antes de su muerte, el 18 de febrero de 1546. En este texto resumía sus experiencias vitales y constataba que solo se pueden comprender las *Geórgicas* de Virgilio cuando se ha sido pastor y agricultor durante cinco años. Y nadie puede entender a Cicerón si no ha estado activo en la vida política durante veinte años. Con todo, propiamente, el objetivo de sus reflexiones es la confesión siguiente: Solo se puede entender la Sagrada Escritura cuando se ha dirigido la comunidad con los profetas durante cien años – por tanto, en una consecuencia no formulada, ciertamente no en la vida de un ser humano. En consecuencia, Lutero, a la luz de su dedicación de toda la vida a la Sagrada Escritura, formula un punto de vista hermenéutico que vale para su teología y para su vida: “Somos mendigos. *Hoc est verum*”.

No se trata de una muletilla de modestia sino del núcleo existencial de la teología de Lutero. Él estaba convencido de que los seres humanos estamos ante Dios con las manos vacías y que lo que somos y tenemos, lo hemos recibido de Dios. Pablo lo había resumido en una frase: “¿Qué tienes que no lo hayas recibido?” (1Co 4,7). El anhelo teológico de Lutero no puede describirse de forma más breve y más sencilla.

Lutero como “lector de la Biblia”

La lectura de las obras de Lutero nos sitúa ante un cristiano con una “confianza directamente aventurera” en la Sagrada Escritura. Estaba convencido que los textos bíblicos son muy relevantes para los humanos. La pretensión fundamental de Lutero de que en los textos bíblicos se puede encontrar lo que los humanos buscan para su fe y para su vida es un estímulo añadido. Lo que piensa sobre el uso de la Biblia en su tiempo suena bastante actual: “Es ciertamente una gran plaga en la tierra que la Sagrada Escritura sea tan poco apreciada, incluso por parte de quienes, por su ministerio, están dedicados a ello. La gente se dedica día y noche a otros asuntos, artes y libros (...). Solo la Sagrada Escritura se deja de lado, como si no se necesitara”.

Esto lo considera Lutero un error porque en la Sagrada Escritura, como muchos dicen, no solo hay palabras para leer sino también nítidas palabras de vida que están ahí no para especulaciones o para elevadas consideraciones, sino para la vida y para la acción. Por esta razón se esfuerza, en su traducción de la Biblia, en ilustrarla con introducciones que aportan las condiciones para que cualquier cristiano pueda leer la Sagrada Escritura. Para ello, le han ayudado tres intuiciones: en primer lugar, que en la Biblia no se trata de informaciones históricas cualesquiera

ni sino que aquí nos encontramos con la Palabra de Dios. Supuesto que en el encuentro con la palabra de Cristo no podemos hacernos representar por otros, cada uno ha de leer la Biblia.

En segundo lugar, Lutero parte de la convicción de que todos los humanos pueden comprender suficientemente la Biblia. Por ello no discute que los textos bíblicos se pueden entender fácilmente o con dificultad. Quiere decir que la Biblia se abre a una lectura atenta. Y confía en que la Sagrada Escritura con la acción del Espíritu Santo puede hacer nacer la fe: “No se transforma la Biblia en aquel que la estudia sino que es ella la que transforma por dentro a aquel que la ama”.

La transformación de una claridad externa a una claridad interna de la Sagrada Escritura la experimentó el propio Lutero. Esta experiencia es el punto central que se designa como el giro reformador de Lutero. Sobre este cambio escribe en el auto-testimonio de 1545. Este texto, en el que describe cómo se le reveló el sentido de la expresión “justicia de Dios”, se aduce la mayoría de las veces para datar esta intuición teológica. Pero este texto no es sólo biográfico. Lutero se describe a sí mismo en este texto como lector ejemplar de la Biblia: a él, en una lectura intensa y no indolente de Biblia, se le abre de forma novedosa el sentido de la Sagrada Escritura y para él se hace verdadero lo que el evangelio le promete. La fuerza de

esta lectura de la Biblia, liberadora y fundamentadora de la fe, se encuentra de forma más clara en las palabras que, Lutero descubrió, poco antes de su muerte, para describir esta experiencia: “En aquel momento me sentí totalmente nacido de nuevo y como si hubiera entrado en el Paraíso”.

En tercer lugar, sobre la base de su propia experiencia como lector de la Biblia, exhorta Lutero a todos los cristianos a una lectura personal de la Biblia. Su recomendación más valiosa es: “Vela, estudia, lee. A decir verdad, no puedes leer demasiado en la Escritura y, lo que lees, no puedes leerlo bien, y lo que lees bien, no puedes comprenderlo bien, y lo que comprendes bien, no puedes enseñarlo bien, y lo que enseñas bien no puedes vivirlo bien”.

Lutero como “testigo del evangelio”

En sus escritos, así como en su predicación y en su actividad docente, Lutero se hizo testigo del evangelio de Jesucristo. La comprensión de la justificación del pecador por la fe, tal como se le presentó en su intensa lectura de la Biblia, se erigió desde entonces en el núcleo orientador de su propia fe, como también de su teología y de su predicación. En consonancia con esta visión, Lutero se comprendió en su actuación como “evangelista indigno de nuestro Señor Jesucristo”, y esto lo dejó tan

claro que él no contaba para nada en la predicación, solo le interesaba el aliento y la pretensión del evangelio que era el objeto de su testimonio. Por esta razón, se opuso con total decisión contra el hecho de que el movimiento que puso en marcha llevara su nombre: “Pido, en primer lugar, escribe Lutero, que se silencie mi nombre y que no se utilice: la gente se han de llamar cristianos, no luteranos. ¿Qué es Lutero? ¡La doctrina no es mía! De la misma forma que no he sido crucificado por nadie. S. Pablo no quería permitir que los cristianos se llamaran paulinos o petrinus, sino cristianos. Dejemos los nombres partidistas y llamémonos cristianos, en consonancia con Cristo, cuya doctrina seguimos”.

Por la misma razón deberíamos dejar de utilizar un nombre para la iglesia evangélico-luterana. Ciertamente el argumento teológico que Lutero utiliza refiriéndose a Pablo ha de tener siempre presente en nuestro ser iglesia que, por una parte, la unidad de la comunidad no puede ser amenazada por la formación de distintos grupos separados. Y por otra parte, que la fe cristiana no nace en relación con la teología de Lutero sino mediante la escucha de la palabra de Dios, es decir de Jesucristo, tal como se testimonia en la Sagrada Escritura. La tarea de la Iglesia es sólo y únicamente predicar el evangelio de Jesucristo. Esto lo expresa Lutero con toda claridad: “A través del evangelio se nos comunica qué es Cristo. Que le conocemos quiere decir: que él

es nuestro Salvador, nos libera del pecado y de la muerte y nos ayuda a salir de toda adversidad, que nos reconcilia con el Padre y nos hace piadosos y santos sin nuestras obras. Pero, quien no reconoce a Cristo, ha errado el camino. Porque, aunque sepas que él es el Hijo de Dios, muerto y resucitado y que está sentado a la derecha del Padre, todavía no has conocido a Cristo correctamente (...), todavía has de saber y creer que lo ha hecho todo por ti, para ayudarte”.

Lutero como “el que llama a una renovación espiritual”

Si centramos nuestra atención en la comprensión de la “*reformatio*” en Lutero, lo primero que hemos de subrayar es que Lutero no se considera ni como fundador de una nueva forma de cristianismo ni tampoco tuvo la pretensión de ser reformador de la Iglesia o de hacer la reforma de la Iglesia. La imagen del monje que en la víspera de la fiesta de todos los santos de 1517 habría fijado sus tesis en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg es falsa, y lo es en cualquier caso: tanto si la fijación de las tesis tuvo lugar como si no ocurrió. La escena de Worms, donde Lutero en 1521 había de prestar declaración ante el Rey y la Corte, no vio entrar a un Lutero arrogante. Lutero más bien acudió a la escena con gran temor.

Lutero sabía que la Iglesia en cualquier momento precisa una re-

forma. Pero estaba convencido que esta reforma no podía ser introducida por un hombre, ni por el Papa ni por los cardenales. Pensaba que la reforma era, en último término, un asunto de Dios, y que solo Él sabía cuándo se llegaría a esta reforma. Con estos augurios, presentó una serie de propuestas para reformas, para reparar abusos determinados. Pero no pretendía fundar una nueva Iglesia, sino que quería contribuir a la renovación de la única Iglesia de Jesucristo con el Espíritu del Evangelio.

Hay que añadir aquí que Lutero no opinaba que algunos cambios concretos, como tales, ya traerían la reforma de la Iglesia. Una reforma de este tipo debería consistir en que, por parte de la Iglesia, se habrían de abandonar toda la pompa y la forma mundanas de gobierno y que, en vez de estas formas, la Iglesia se habría de dirigir a la Palabra y a la oración y, siguiendo el ejemplo del apóstol, habría de vivir en pobreza para la verdad de Dios.

Aunque la comprensión de la reforma que tenía Lutero no se realizó y hoy en día utilizamos la terminología como designación de una época, sin embargo sería recomendable y nos llevaría más lejos la confrontación con el hecho de que Lutero no concibió la reforma como obra humana, sino exclusivamente como obra de Dios. Esta obra de Dios tiene como presupuesto que el arrepentimiento se centra en una nueva orientación hacia la voluntad de Dios y que so-

lo llega a realizarse con la escucha de la palabra de Dios.

Lutero como “promotor del ecumenismo”

Si, a partir de Pablo VI, los Papas se han referido a que su ministerio presenta el mayor impedimento en el camino hacia la unidad de la Iglesia, de la misma forma hay que reconocer de manera auto-crítica que un obstáculo de la misma dimensión es que muchos –tanto luteranos como católicos– opinan que encuentran en Lutero un rechazo del Papado. También aquí vale la pena entrar en contacto con el mismo Lutero. Está fuera de duda que en sus enfrentamientos con la Iglesia romana Lutero llegó a expresiones críticas, agudas y polémicas sobre el Papado. Pero es preciso mirar el tema de cerca y preguntarse, de dónde han salido los argumentos teológicos de la crítica de Lutero. Si analizamos sus escritos a fondo, aparece con claridad que en sus actuaciones reformadoras el punto nuclear no se centra en el Papado y, que para Lutero, la crítica del Papa, en definitiva, no ofrece un “juicio que va al fundamento”, sino que “más bien se trata de un juicio de la realidad del papado, lo cual quiere decir: así están las cosas en mi tiempo”.

A pesar de la agudeza con la que Lutero ataca el ejercicio abusivo del ministerio papal de aquellos días, no niega en modo alguno

la posibilidad de un Papado renovado, que tendría una tarea legítima en tanto que servicio de la unidad visible de la cristiandad. En repetidas ocasiones llega a formulaciones que mantienen abierta la posibilidad de un entendimiento con y sobre el Papa. Y a pesar de que Lutero dudaba sobre la realización de esta posibilidad, sin embargo llegaba a escribir: “Hemos pedido siempre y sobre todo en la dieta de Ausburgo (1550), al Papa y a los Obispos, con mucha humildad que no queremos demoler sus derechos y poderes eclesiásticos, sino que queremos benévolamente ser bendecidos y gobernados por ellos, en la medida en que no quieran imponernos artículos no-cristianos”.

Las formulaciones de Lutero en su comentario a Gálatas (1531-35) llegan a niveles impresionantes en este sentido. De modo frecuente se hace patente que él “aguantaría con gusto el señorío del Papa y le honraría y le acataría por consideración a su persona si me concediera la libertad de conciencia”. Más aún: “Si logramos que se reconozca que solo Dios, por pura gracia justifica por medio de Cristo, en este caso no solo queremos llevar al Papa en volandas, sino que queremos besarle los pies”.

En consecuencia, dentro de la reforma luterana, “ha habido siempre una pequeña esperanza, aunque la mayor parte de las veces encubierta, de un Papado renovado en la línea de las demandas de los

reformadores”. Y en esta línea se han movido los diálogos entre los luteranos y los católicos que se han celebrado desde 1972. Los encuentros se han ido repitiendo a lo largo de estos años. De manera que considero que, actualmente, para el ecumenismo, hay pocos aspectos tan favorables y prometedores

como aprovechar los pasos que se han ido dando en este sentido. Los argumentos teológicos que se han presentado y preparado pueden ayudar para resolver la fijación de las dificultades en el Papado. Y, sobre todo, a abrirse a la nueva situación que se ha hecho presente con la elección del Papa Francisco.

NUEVOS IMPULSOS AL ECUMENISMO

Ha llegado el momento de la diversidad reconciliada

Desde las primeras palabras con las que se presentó desde el balcón de la Basílica de San Pedro, en la tarde del 13 de Marzo del 2013, el Papa Francisco hace posibles nuevas relaciones con el ministerio papal, y con ello marca acentos que, en las relaciones entre las iglesias, pueden sacarnos “del atasco de lo realizado hasta ahora” (J. Ratzinger). Una muestra de la profundidad de los cambios es que el Papa Francisco no solo ha invitado, como sus predecesores, a presentar propuestas para “encontrar una forma de ejercicio del Primado que, sin renunciar a lo esencial de su misión, se abra a una situación nueva”, sino que también reconoce que en este camino “se ha avanzado poco”, y de aquí saca la consecuencia de que hay que buscar nuevos caminos en el ejercicio de su ministerio: “Soy llamado a vivir yo mismo lo que pido a otros, también yo he de pensar en un nuevo enfoque del Papado”.

Los cambios que se están realizando son: que el Papa Francisco comprende su primado como un servicio pastoral; que tiene en cuenta con mayor empeño las estructuras colegiales, sinodales y subsidiarias; que respeta y promueve un pluralismo legítimo en la Iglesia; que para él lo que está en el punto central no es lo que separa sino la confesión común de Jesucristo y que, para él, el ecumenismo pertenece al ministerio del Obispo de Roma, como lo dijo claramente en su homilía en la conclusión de la semana de plegarias por la unidad de los cristianos en la basílica de San Pablo Extra Muros (25 enero 2014). En la forma en que el Papa Francisco ejerce su ministerio de obispo de Roma, se delinean los contornos de un Papado renovado por el Espíritu del Evangelio.

El Papa Francisco como actor e impulsor del ecumenismo

En un tiempo muy limitado, el Papa Francisco se ha erigido como

actor e impulsor del ecumenismo. Su actuación ecuménica está dirigida y motivada por la fe en la resurrección de Jesús. De aquí nace la convicción que le empuja a que “de la misma manera que la piedra fue removida del sepulcro, todos los obstáculos que todavía impiden la plena comunión entre nosotros aún pueden ser removidos. Con esta confianza el Papa Francisco se mete en el ecumenismo y lo hace patente con sus palabras, con su actuación y sus gestos en el mejor sentido de la palabra Pontífice –como quien logra sacar obstáculos del camino y edificar puentes entre las iglesias. Con sus actuaciones, el Papa no persigue realizar ningún “Masterplan” de la unidad de la Iglesia, sino que sabe que la unidad es un don, que el Espíritu Santo actúa en el curso del camino. De aquí se puede entender por qué los encuentros con otros cristianos y otras iglesias tienen un valor tan grande para el Papa Francisco: “Encontrarse, verse las caras mutuamente, darse uno a otro el beso de paz, rogar unos por otros son dimensiones esenciales en el camino hacia el restablecimiento de la plena comunión a la que aspiramos” (en San Pablo Extra Muros).

El Papa Francisco no presenta exigencias que deberían realizarse previamente para que pueda tener lugar un encuentro ecuménico. Recibe diariamente huéspedes ecuménicos en el Vaticano, se pone él mismo en camino para visitar otras iglesias cristianas y también está

dispuesto a entrar en ámbitos desconocidos. Cada uno de estos encuentros ecuménicos tiene un acento propio, mediante el cual la comunión entre las iglesias se profundiza, y representa una relevancia especial para el ecumenismo. Aquí podríamos citar los numerosos encuentros realizados por Francisco a lo largo de estos años. Vamos a resaltar uno de estos gestos.

Visita del Papa Francisco a la iglesia de Cristo (evangélico-luterana) de Roma (15.II.15)

En caracteres minúsculos podemos notar diversos factores que también en otros contextos podrían contribuir al éxito de encuentros ecuménicos. El punto de partida lo constituye un ecumenismo vivido y celebrado en Roma desde hace muchos años, entre cuyas características están, por una parte, las relaciones de confianza y solidez y, por otra parte, el deseo compartido de unión en el horizonte ecuménico, envuelto en buena voluntad, magnanimidad y una buena dosis de tranquilidad de vivir y hacer sencillamente lo que es posible en el campo del ecumenismo. Esta actitud fundamental de afirmación del ecumenismo marcó desde el primer momento el encuentro entre el Papa Francisco y la comunidad luterana. Pero demos otros detalles.

El saludo cordial, alegre y entusiasta de los miembros de la co-

munidad fue un primer aspecto. Y la respuesta de Francisco tuvo la misma cordialidad y cercanía. Un segundo aspecto importante fue el formato del encuentro. Si en las visitas anteriores de Juan Pablo II [1983] y de Benedicto XVI [2010], se celebró una liturgia según la tradición luterana, el encuentro con el Papa Francisco consistió en diálogo y oración del atardecer. Una gran novedad. Por primera vez, en la historia del ecumenismo hubo verdadero diálogo en un encuentro de estas características. Las preguntas las propusieron al Papa miembros de la comunidad luterana. Y él respondió en diálogo. El mero hecho de que un Papa esté dispuesto a ser interrogado de esta forma es muy significativo.

Pero más significativa todavía es la forma abierta, sincera y simpática con la que el Papa respondió y, sobre todo, el contenido de sus respuestas. De esta manera manifestó claramente la forma de comprender su ministerio papal en el seguimiento de Jesús: como un servicio a los demás y también que es importante ejercitarlo en el estilo de un rector de parroquia que disfruta conversando con sus feligreses, va a ver a los enfermos y visita a los que están en la cárcel. Una manifestación tan sorprendente para un Papa, como al mismo tiempo programática para Francisco.

Digamos finalmente que el Papa Francisco, con el obsequio de un cáliz y una patena a la comunidad luterana subrayó todavía más

y de forma simbólica el significado de sus palabras. Porque el regalo de un cáliz y una patena eran, hasta entonces, un obsequio de los Papas en sus visitas a diócesis católicas, como signo de la unidad en la eucaristía. Naturalmente, con este obsequio no se superan todas las diferencias en la comprensión de la cena del Señor y de la eucaristía. Pero se trata de un signo de la apreciación de la cena del Señor luterana y un signo también de la comunión hacia la que caminan las iglesias. Los aspectos comunes de la comprensión de la cena del Señor son tan esenciales para el Papa Francisco que dijo: “¿Qué significa compartir la cena del Señor? ¿Es el final de un camino o la confirmación de un camino para continuarlos juntos?”

Después del diálogo hubo una oración vespertina en la que el Papa Francisco, en su homilía sobre el evangelio dominical, interpretó el discurso de Jesús sobre el juicio final (Mt 24,31-36) y centró la atención en Jesús que ayuda a las iglesias a avanzar conjuntamente. A la observación de algunos de que, a pesar de los puntos de convergencia alcanzados, insistían diciendo “Pero, Padre, somos distintos porque nuestros libros de Dogma dicen una cosa y los suyos dicen otra cosa”, contestó el Papa Francisco que la división de las iglesias es un escándalo por el que tanto los luteranos como los católicos hemos de pedir perdón “para que venga un tiempo de una diversidad reconciliada”. Para el Papa

Francisco no se trata de una fórmula acertada que, por otra parte, es fundamental para la concepción de la unidad de la liga mundial luterana, sino que él mismo vive y practica esta diversidad reconciliada. El Papa Francisco acabó su predicación con estas palabras: “Pidamos hoy por esta gracia, la gracia de una diversidad reconciliada en el Señor, o sea en el Siervo de Yahvé, el Dios que ha venido a nosotros no para ser servido sino para servir. Os doy muchas gracias por esta hospitalidad fraterna. Gracias”.

Este encuentro en la iglesia de Cristo luterana de Roma significa un gran paso adelante en el camino conjunto hacia la unidad. Se hace patente de forma ejemplar que encuentros ecuménicos realizados con satisfacción son fruto de la confianza y la benevolencia mutuas, de la amistad, el diálogo y la apertura, de la escucha conjunta de la Palabra de Dios y de la oración compartida. Estos factores que son experimentados por muchos hombres y mujeres en el día a día de las relaciones ecuménicas en los encuentros locales, marcan también al Papa Francisco.

Andate avanti!: perspectivas de un resurgimiento ecuménico

Cuando los representantes de la liga mundial y el Papa Francisco, el 31 de Octubre de 2016, celebren un acto de culto compartido,

he aquí un signo de gran fuerza expresiva de diversidad reconciliada. Al mismo tiempo, mediante este prelude compartido se hará patente que toda conmemoración de Lutero y de los comienzos de la reforma de hace 500 años es un signo ecuménico y tiene como objetivo acercarnos hoy un poco más la unidad de los cristianos. A la luz de las nuevas experiencias con el Papa actual, el año conmemorativo de la reforma ofrece una decidida ocasión de apartar de nuestro camino los obstáculos que nos han separado hasta ahora y de atrevernos a una mayor unidad.

Una aportación de peso en este sentido puede ofrecerla un encuentro y un diálogo con Martín Lutero. Para los cristianos luteranos, una confrontación con Lutero podría significar, no un sobreensalzamiento de Lutero sino más bien una valoración de Lutero como *un* “maestro en la fe”, pero no como el único “maestro en la fe” sino como una personalidad importante en la historia del cristianismo (junto a Agustín, Francisco de Asís, Dietrich Bonhöffer y muchos otros).

“Un encuentro con Lutero” también puede ser un impulso para liberarse de la fijación en el papado como “impedimento”. Y con el Papa Francisco (que ya hace lo que Lutero esperaba de un papado renovado) entrar en diálogo como un servicio en favor de la unidad de la Iglesia y encontrar también soluciones para las cuestiones abiertas (como la necesidad ecle-

sial de un primado papal y el magisterio infalible).

No me toca a mí formular una valoración para los cristianos católico-romanos. Pero desearía, y creo que también esto es posible, que no pasen por alto a Lutero o no lo valoren como un “obstáculo” sino que lo descubran como un importante “maestro en la fe” cuya conmemoración vale la pena festejar.

Donde quiera que podemos encontrar a Lutero, luteranos y católicos conjuntamente, y dejarnos conducir por él a Jesucristo, he aquí una buena y positiva perspectiva para la conmemoración del comienzo de la reforma. Es aquí y ahora donde podemos arrepentirnos por las heridas y sufrimientos causados por la separación de las iglesias. Y también podemos percibir, con alegría y acción de gracias, los impulsos que han ayudado a ambas iglesias a renovarse. Entonces el evangelio puede ser

celebrado y transmitido a los humanos de nuestro tiempo.

Donde quiera que nosotros damos estos pasos conjuntamente como “testigos del evangelio”, allí puede quedar claro que Jesucristo no está dividido, sino que es uno (1Co 1,13). En este caso, no nos damos por satisfechos con la situación actual del ecumenismo, sino que damos animosamente nuevos pasos hacia la unidad de la Iglesia vislumbrada y esperada. Si vemos en Lutero un “maestro en la fe” y el Papa desempeña su ministerio según el evangelio, no se necesita mucho más. El camino de la unidad está ampliamente abierto: “Dejemos de lado”, así nos exhorta el Papa Francisco, “las vacilaciones que hemos heredado y abramos nuestro corazón a la acción del Espíritu Santo, el Espíritu de amor (Rm 5,5), para que, juntos, con pasos resueltos salgamos al encuentro del día bendito de nuestra recuperada plena comunión”.

Tradujo y condensó: ORIOL TUÑÍ, S.J.